

---

# Introducción

---

IX

*¡Salvad las ciudades milenarias! Este debería ser el grito con el que avanzáramos un grupo imaginario de valientes amantes de estas viejas urbes. Y sería el texto de las pancartas con las que, emulando a los amantes de las ballenas, recorriéramos calles y plazas hasta llegar al Ministerio. ¿A cuál? Pues, no sé. ¿Al de Medio Ambiente? ¿Al de Fomento? ¿Al de Interior? ¿Al de Cultura?... No sigo mencionándolos porque tal vez todos los existentes pudieran ser destinatarios de nuestra petición. Petición preñada de temores y de advertencias y de quejas... y de recomendaciones.*

*«Salvad las ciudades milenarias», podría ser el título de todos los artículos que componen este número especial de ARBOR, con el que cada uno de los autores queremos formar parte de la imaginaria manifestación que correrá, queremos, si no calles y plazas, sí mentes y conciencias. Y voluntades.*

*Ninguno de nosotros está ya en edad de empuñar carteles y patear pavimentos vociferando; pero sí de empuñar nuestras plumas y gritar con ellas: ¡Aún estamos a tiempo! ¡No todo está perdido! ¡Salvemos esa parte de nuestra historia que todavía se respira en nuestras viejas ciudades!*

*¿Llegaremos a tiempo? Pues, claro que sí. A estas alturas, cuando estamos en los albores del siglo XXI, somos conscientes de haber perdido una buena parte de las huellas de nuestro pasado. Pero aún hay mucho que salvar. Preocupémonos por ello. Y ocupémonos de ello. No parece empresa fácil. Hay muchos problemas que resolver y muchos acuerdos que adoptar, pero con buen entendimiento se pueden obtener buenos resultados.*

*Alguien podría entender que salvar una ciudad milenaria es re-mozarla, renovarla, demoler sus casas ruinosas y construirlas de nuevo con un aire nuevo para una vida nueva. Incluso puede llegarse a pensar en ensanchar calles para facilitar el tráfico rodado y elevar alturas en las construcciones para que quepa más gente en cada edificio. Eso, todos lo sabemos, incluidos los que piensan en la renovación, no sería precisamente salvar ciudades milenarias.*

---

## Introducción

---

X

*Salvar ciudades milenarias es llegar a tiempo de rescatarlas de la fiebre de los renovadores y consumidores de confort, y conservarlas entre las joyas de nuestro pasado. Para lo que hay que contar siempre, cómo no, con la especial colaboración de todos sus usuarios, entendiendo por usuarios a los que las disfrutamos viviéndolas o visitándolas. Sí, porque los que no disfrutan viviéndolas o visitándolas no suelen ser los que las comprenden.*

*Cada uno, en su artículo, expone su punto de vista, su parecer sobre una ciudad milenaria. Se podría decir que las opiniones que expresamos los articulistas son diferentes, incluso aparentemente contradictorias en ciertas cuestiones; pero lo que no se puede negar es que hay una total coincidencia en nuestro deseo de salvar estas ciudades, una coincidencia en nuestros temores a perderlas y, por ende, en nuestro afán de conservarlas; es decir, en nuestro cariño hacia estos museos de vidas pasadas, ya débiles documentos de nuestra historia.*

*Los que aquí escribimos sentimos como nuestros los problemas de las ciudades milenarias. Nos duele el abandono al que en su mayoría están sometidas por inexistencia de las atenciones precisas y especiales en los presupuestos del Estado para la lucha por su mantenimiento. Nos duele que sus habitantes, al no sentirse amparados por exenciones tributarias y subvenciones para restaurar y mantener sus casas, se vean obligados a abandonar y dejar arruinar sus moradas heredadas de sus antepasados, desentendiéndose de su obligación de legarlas a sus sucesores.*

*Alguien sugiere en su artículo (creo que soy yo), que cuando nos convenzamos de que nuestras ciudades medievales son obras de arte que hay que cuidar como se cuidan las obras de los museos, se destinarán para ellas cuidadores y medios especiales para evitar su paulatina transformación y total desaparición.*

*Salvemos las ciudades milenarias, como salvamos las ballenas, el lince o el águila imperial, antes de que «el progreso» nos las arrebatte.*

Félix del Valle y Díaz